

hizo Passanante en Italia, no es el que ofrece más utilidad para el crítico, no; en las letras los que hacen estragos son los grafomanos que apenas lo parecen, los que engañan á los profanos, á los que no tienen costumbre de tratarlos y estudiarlos.

El grafomano á medias, el que pasa por escritor de veras, ése, ése merece más atención, y es para nosotros más interesante. ¿Cuántas son sus clases? ¡Cuenta las estrellas, si puedes!...

Pero, en fin, de muchos de ellos se tratará algún día.



## CARTA A UN SOBRINO

DISUADIÉNDOLE DE TOMAR LA PROFESIÓN DE CRÍTICO

**N**o en tu vida, amado sobrino; déjate aspar primero, si tienes vocación de mártir, ó haz de modo que te veas tostado en parrillas; que así, tarde ó temprano, vendrás á ser célebre, ó por lo menos el mundo tendrá lástima de ti y llegarás á ser abogado de alguna cosa; pero si en lo de ser crítico insistes, ni te lo agradecerá nadie, ni á cuenta de tus pecados irá lo que padezcas, que será más que todo aquello; pues ten entendido que la crítica es género de tormento y martirio de que en el cielo nadie se cuida, y que en la tierra no merece sino maldiciones.

Dices en tu carta malhadada, á la que en seguida contesto por si llevo á tiempo de evitar el daño, que



sientes vocación invencible de crítico y que lo has de ser pese á quien pese, y que á mí toca darte consejo y avisos oportunos. El mejor consejo es éste: que Dios te libre de criticar á hombre nacido; y ni en tus propias acciones debes escudriñar mucho, si no quieres caer en aborrecimiento de ti mismo.

Desde que el mundo es mundo no se ha visto ningún crítico emperador ni arzobispo, ni rey ni Roque; húbolos poetas, músicos y hasta danzantes, como David, pero críticos no; ni los habrá, ni sería bien que llegara á haberlos.

Ante todo, piensa que vives en España, y que no tienes rentas que te sustenten; y como has de ganar el pan con tu esfuerzo, si te das á criticar, te darás á morir de hambre. Y bueno es que hablemos de esto primero, ya que dices que como carrera miras el arte que prefieres, y que de ella quieres vivir honradamente, poniendo los cinco sentidos y muchas horas de trabajo en ganar bien tu sueldo, ó lo que fuere, y en criticar lo que te caiga en las manos con ciencia y conciencia, repleto de lo que conviene haber estudiado para el caso, y decidido á no decir uno por otro de lo que sientes y entiendes ser verdadero y justo.

Bonitas palabras son esas y óptimos propósitos; por lo mismo digo, y repito, que no sirves para crítico: si con horas de estudio te vienes y trabajos concienzudos sacas á plaza, y por todo ello quieres que te den algo mejor y más suculento que disgustos, desdenes y malas

voluntades, ya puedes empezar á comerte los codos y á rabiarse cuanto quieras.

Ningún crítico vivió en España de su trabajo, por bien que pusiera la pluma y por más que supiese lo que decía. No vivió Larra, que bien pronto se pegó un tiro: no vive Balart, que dejó el oficio, y ahora creo que escribe billetes de Banco, de los que no son falsos, y le va mejor que cuando cobraba dos ó tres duros por escribir maravillas; no vivió de criticar Revilla, aunque alcanzó mejores tiempos, y tuvo que hacerse catedrático, y aun así, Dios y ayuda; como que no falta quien diga que no pudo curar sus males porque no tenía el dinero necesario para comprar los remedios.

Y si mal andaba el oficio cuando esos maestros terciaban en las polémicas literarias, lo que es ahora no anda ni bien ni mal. Ahora la crítica es como el aire, como la luz, cosas muy necesarias, pero que ordinariamente no tienen precio, porque para ver y respirar no necesitamos acudir á nadie ni hacer gran esfuerzo nosotros. La prensa sigue teniendo *sección* literaria, sigue *haciendo* el *juicio crítico* de cuanto Dios crió; pero, amigo, los críticos que de tal faena se encargan abundan como la ruda. Desde el *inspirador* de un periódico hasta el mozo de la Redacción que barre y limpia el polvo, todos los que algo tienen que ver allí sirven para críticos, según se ha descubierto modernamente, y se ha dado caso de mandar una crítica de una comedia á las columnas de un papel de esos el



director de una Empresa que lo subvencionaba. Tal otro periódico hubo que se vió en la necesidad de cambiar de criterio artístico, porque á un copropietario, que vivía en Lugo, se le antojó venir á Madrid á exigir que no se aplaudiesen los dramas de Echegaray, y que donde no, él no soltaría un cuarto en adelante.

Un crítico de veras, amado sobrino, viene á ser un estorbo en un periódico, y el que lo aguanta y paga bien puedes decir que es ave fénix, y mosca blanca, y papel serio y concienzudo.

Quiero suponerte metido en una Redacción de un acreditado diario político (porque si no es político, es un absurdo pensar en que tenga lectores). Tú no eres de las opiniones del periódico, entre otros motivos, porque no sabes cuáles son, ó porque el periódico hoy tiene unas, mañana otras, ora es demasiado frío, ora demasiado caliente; y aunque se le suponga firme y serio en sus ideas políticas, tú no quieres entrar allí por tus opiniones, ó no eres político, ó lo eres á tu modo, y allí estás á lo que estás, á ser crítico. Pues buena la has hecho. Serás cuña de la peor madera, sin ser de la misma. Todos aquellos señores que allí escriben te mirarán con desdén. «¡Qué hombre serás tú que no piensas como ellos!» ó si no, les dará por achacar á orgullo tu abstención, y dirán que te haces el hombre superior, el artista fino y delicado que desprecia la vanidad de las vulgaridades políticas; y si á esto añades que los libros que regalan á la Redacción son

para ti, como es natural, y las butacas de los teatros en noche de estreno para ti también, ahí tienes motivo para que te aborrezcan con nueva ira, te envidien con más rencor y te despellejen y juren odio eterno. Según seas tú, y según sean ellos, se atreverán ó no á declararte guerra franca; pero peor si no lo hacen. Pasarán años y años, se disolverá la compañía, cada cual irá por su lado, y en todos tendrás tú alguno que te quiera mal, y te pinche en la sombra, y se acuerde eternamente de las butacas de marras, y del desdén que en ti suponía; y de los desaires que, sin saberlo, le hiciste.

Suele suceder que entre esos redactores políticos hay uno ó varios que pretenden ser literatos, y hasta escriben libros y los publican. Pues ya verás al que tal hizo disimular que es el que más te aborrece, y llegarse á ti sonriendo, y llamándote ilustre y dándote palmaditas en el hombro. Tras esto viene el regalarte su *libraco*, como él dice, «para que le des *un palo*, si lo merece;» pero exigiendo, en nombre del compañerismo, «que de todas suertes honres el libro ocupándote *en él*» (esto de ocuparse *en* ya lo han aprendido todos los periodistas, no así todos los académicos). Es claro, tú no dices palabra del libro, ni se te pasa por las mientes leerlo, porque te consta que el autor es un majadero matriculado y que, sin saberlo, ha hecho juramento de serlo mientras viva, y aun después en el limbo. Cada pocos días te dirá el mentecato: «Fulano, ¿cuándo me da usted ese palo?», y él sonreirá, y tú



también; pero ni tú publicarás el *juicio crítico* del ade-  
feso, ni el autor te lo perdonará en su vida.

Pues cádate que el hijo del administrador, ó del que traduce los folletines (de *Correspondencias* antiguas), escribe comedias en verso y todo, y hace que las representen. Allá vais tú, el autor y su papá á ver el estreno. Siempre han estado conformes el poeta y su padre, y el director del periódico y los redactores, en que la severidad que te distingue es cosa buena y necesaria para salvar el arte. Allí se ha reído á coro cuanto has escrito retratando á un autor enemigo, de un partido contrario, ó del mismo partido, pero amigo de un periódico que hace al vuestro competencia; de modo que tú vas seguro de que no se te exigirá que aplaudas la comedia de la casa si resulta mala. Y es claro que resulta: ¡qué remedio tenía! ¿Por qué había de hacer buenas comedias el hijo del administrador, que es casi tan bruto como su papá, y acaso tan mal pagador? Volvéis á la Redacción después del fracaso. El chico no está allí, ni su padre tampoco. Esto exige la delicadeza. Pero el director exige otra cosa, exige que defiendas el drama difunto; los redactores políticos dicen lo mismo que el director, que hay que defender el drama. Tú propones un arreglo; no hablar de la obra estrenada. No se admite la transacción, que llama transición el redactor de la política extranjera. «Pero, señores—dices tú—miren ustedes que yo sólo he alabado la *Consuelo*, de Ayala; el *Drama nuevo*, de Tamayo, y

algunos dramas de Echegaray... — Pues nada, hay que animar al chico...» ¡Gracias á Dios que te supongo la suficiente energía para mandarlos á paseo! Te impones, y el periódico no dice palabra del dramita, ó lo que sea. Corriente; pero en adelante no comas otra cosa que huevos cocidos, por temor al veneno, y cñfete coraza y rodéate de cuantas precauciones anda Bismarck vestido y rodeado, y, como el tirano de la historia, no duermas dos noches en el mismo aposento.

El administrador y su hijo fingirán que olvidan el agravio; pero ¡ah! ¡si vieras cómo conspiran en la sombra con el autor del libro de que no hablaste tampoco! Quiero suponer, porque todo te salga lo menos mal posible, que no consiguen asesinar te, gracias á tu coraza y á las pocas agallas de ellos, ni te envenenan ni te secuestran; bueno, así sea. Pero tú querrás cobrar á fin de mes... Ya te deben dos ó tres... es natural que quieras tu dinero. Reconoce que ahora estás en la jurisdicción del administrador, si él ó su hijo estuvieron antes en la tuya. Ya se sabe que allí siempre se queda alguno sin cobrar, y constantemente se creyó que la parte literaria del periódico es menos importante, y qué lo que corre prisa, aunque tampoco mucha, es pagar á los que llevan el peso del periódico, que además son correligionarios. Añade á estas razones el natural odio *paterno* del señor administrador, y dime si cobrarás en tu vida. No, no cobrarás. De eso puedes estar seguro; y por bien que yo quiera poner las cosas en el



terreno hipotético, no puedo suponer que llegues á ver un cuarto.

Y dejarás aquel periódico y entrarás en otro, y te sucederá lo mismo. Y llegará día que no encuentres plaza, por lo que ya te he dicho antes, porque ahora escriben la crítica los que se llevan las butacas que regalan los teatros, que ya no son los críticos, sino los redactores en general y sus parientes, y el portero y sus paniaguados, si los tiene, y los parientes y paniaguados de un señor influyente en el partido; y cada cual, sea quien sea el que se presenta con los billetes del periódico en el teatro, publica sus impresiones, haciendo la salvedad de que él no es crítico ni gana, pero que es un espectador honrado que jura decir la verdad en cuanto fuere preguntado, sin que le cojan las generales de la ley. Y llegará día, ya lo verás, en que siendo el encargado accidental de la crítica un asistente ó un aguador, que no saben escribir, acudan á un memorialista crítico que los saque del paso.

Lo mismo que de la crítica de teatros se dice de la de libros. El primero que coge el ejemplar regalado al periódico, escribe el *juicio crítico* y firma *Un lector ó Nadie*, y dice aquello de que «no tiene pretensiones.» Nunca falta quien tiene interés en alabar á un amigo, y menos quien tiene interés en pegar á un enemigo, á un acreedor, por ejemplo. Lo que menos se necesita para estos lances es un crítico de verdad.

Ea, ya estás sin periódico, sobrino amado; ya veo

que te resignas á no vivir de tu crítica dichosa, á no cobrar tus censuras inspiradas en la justicia, etc., etc. Pero con este desengaño no se te curó la manía de decir algo de los libros que lees y te agradan ó te enfadan. Pues estudiaste, y sentiste vocación de crítico, quieres serlo aunque no cobres honorarios, ó cobres poco. Véote á salto de mata, de periódico en periódico, buscando hospitalidad para tus artículos. Quiero suponer que no son tales que aun de balde te los rechacen. Pero en adelante ya no hay para qué hablar de intereses materiales. Veamos lo que, escribiendo de balde, sacas de provecho en gloria, estimación y buenos amigos. No se hable más de dinero, ni de riñas y pequeñeces domésticas. Tu alma tu palma; ya nada tienes que ver con administradores, redactores, porteros y demás enemigos vergonzantes.

Pero quédate por enemigo el resto del universo mundo, á lo menos en todo lo que contiene de malos poetas y prosistas, que ocupan la mayor parte de él.

Mientras seas mozo y campes por tus respetos, tal vez no temas crearte enemistades; pero al freir será el reir. ¿No sabes, desgraciado, que en España se va á la oficina á escribir versos y comedias, y que te expones á encontrar en cualquier negociado en que tengas un expediente al autor de *El Monstruo horrendo*, á quien diste tan descomunal varapalo, y que es el que manda allí y puede arruinarte con una firma? Y tú ya eres padre de familia, y necesitas tu pan para tus hijos;



pues ahora las pagas todas juntas, y tus negocios no medran, y hasta ministro es ya y puede poco menos que ahorcarte el mal literato de quien tú te burlaste un día. Mientras tú criticabas todo lo malo, él, alabando todo lo pésimo, subía, subía, y ahí le tienes en su ínsula ó en su ministerio, mientras tú no tienes ni una almena, ni un mal periódico que puedas decir que son tuyos. Y así va el mundo.

Pero ya no es expediente ni negocio de estos lo que te importa, sino que, cansado de hablar tú de los demás sin que nadie se acuerde de ti, echas tu cuarto á espadas y escribes un libro (y no digo drama, porque tamaño absurdo no se te ocurrirá si no quieres morir asesinado junto á la concha del apuntador); digo que escribes y publicas un libro. Pues será como echarlo en un pozo. Porque por ahí andan repartidos entre todos los periódicos pudientes aquellos antiguos colegas tuyos y otros tales que se creyeron despreciados por ti, cuando no tenían motivo ostensible para creerlo, pues tú bien disimulabas el desprecio; por ahí andan y bien se acuerdan de todo y dispuestos están á la venganza que juzguen más conveniente. Si no hallan modo de pisotearte y ponerte el libro en solfa, porque no les parece tan malo que lo merezca, lo tratarán con desdén y en pocas palabras, dando á entender que es uno de tantos libracos que el público no debe comprar ni leer siquiera. Y aun lo más corriente será que se callen como...—dígalo Sancho—y tu libro pase de esta

suerte á lo que llaman ellos, con la gran originalidad que los distingue, *el panteón del olvido*.

—Pero ¿y los otros?—preguntarás tú.—¿Cuáles?— Los otros, los autores de quien yo hablé bien y á quien puse sobre mi cabeza.

Perdona, sobrino; pero esos señores no habían hecho contrato oneroso contigo, sino gratuito, y jamás se comprometieron á defenderte en público; si bien dijiste de ellos, porque lo merecían fué; nada te deben y con nada te pagan; y si tú lo piensas despacio, así lo hallarás muy justo. ¿Es la crítica sociedad anónima de aplausos mutuos? No, por cierto. Y el que no escribe crítica, sino otra cosa, ¿ha de meterse á censor ahora porque á ti te convenga? ¿No quitaría, además, este proceder todo su valor á tus alabanzas pasadas? ¿No se daría el público á pensar que las habías tributado por interés y esperando la recompensa de ahora? Ni á ti como crítico ni á ellos como autores os convendría que te defendiesen los que ensalzaste porque lo merecían. Bien pueden tener ellos óptimas intenciones y todo aquel buen corazón que puede acompañar al buen talento (armonía la más divina entre las humanas, las veces que ocurre), y sin embargo, callar y dejarte solo, sin que sea decoroso siquiera pasar por otro extremo.

Además que no es oro todo lo que reluce. ¿Tan contentos piensas que dejaste á todos aquellos de quien dijiste flores? ¿Por ventura dijiste todo el bien que ellos deseaban? ¿No te quedó algo en el tintero? De fijo, so-



brino mío; en opinión de algunos de ellos pudiste alabar más, y sobre todo no poner por delante, ni tal vez á su lado, al que tienen por rival, ni al que consideran de menos mérito. Tal vez tengas, míralo bien, el mayor enemigo entre los que debieran estar agradecidos; aunque será enemigo muy disimulado, pues de sí mismo querrá esconderse para aborrecerte y hacerte daño, por mielo á su conciencia. Amigos de esta ralea son muy dignos de atención y estudio, y acaso en otra ocasión te hable de ellos más largamente.

Un autor ilustre, que debía de saber lo que decía, advirtió que el agradecimiento con que los buenos escritores pagan al crítico que los alaba, es sentimiento frío; y tal creo yo, y estéril, porque es natural que la vanidad vea en los elogios más obra de la justicia y del propio mérito que de la benevolencia ajena; agradecer mucho en tales casos y llegar por el agradecimiento hasta el cariño es para muy pocos, porque los más se inclinan á pensar que cuanto más agradezcan más reconocen al favor y más niegan á los merecimientos propios. Por todo lo cual, sobrino mío, no esperes de la crítica el nacimiento de grandes y útiles amistades, ni amparo serio y constante en tus necesidades de los que favoreciste; espera, en cambio, odio eterno de aquellos á quien insultaste ó alabaste menos que ellos quisieran.

¿Y para qué decirte más? Grandes paráfrasis de lo indicado arriba tenía preparadas, pero basta con eso;

tal vez te impresione más así, en resumen, y te haga meditar y volver atrás el paso.

Si, con todo, te obstinas, sólo podrás acogerte á una razón, que no sé si lo es: la cual dice, en boca del vulgo, que sarna con gusto no pica.—Tu tío, *Pepe*.





## BLANCA

### HISTORIA INVEROSÍMIL

—  
POEMA DE M. DEL PALACIO

I

No sería justo confundir á D. Manuel del Palacio con la turbamulta de versificadores que se empeñan en que los tomemos por verdaderos poetas.

La importancia que este escritor tiene á los ojos de la crítica desapasionada, se funda principalmente en el valor real de lo que llama Gautier el sentimiento de la forma. «La cuestión de *métrica*, dice este ilustre artista de la palabra en su prólogo á las *Flores del mal* de Baudelaire, la cuestión de la métrica, desdeñada por todos los que no tienen el sentimiento de la forma, y son muchos hoy, tiene gran importancia á los ojos de nuestro poeta. Nada más común ahora que tomar lo *poético* por la poesía. Son cosas que no tienen ninguna relación. Fenelón, J. J. Rousseau, Chateaubriand, Jorge Sand, son *poéticos*, pero no son poetas; es decir,



que son incapaces de escribir en verso, ni aun medio, *facultad especial que poseen personas de un mérito muy inferior al de esos maestros ilustres*. Querer separar el verso de la poesía, es una locura moderna.» Copio todas estas palabras de Gautier, porque me sirven para dar idea del mérito principal que atribuyo á Palacio; es uno de esos hombres inferiores, como ingenio, á otros muchos que no son poetas y sí *poéticos*, en el sentido de Gautier, y que posee el valor especial de la forma rítmica.

En la crítica literaria, de literatura artística, suelen intervenir hombres que, con grande talento, no tienen el gusto especial de la que habrá que llamar, para que nos entendamos, la *poesía del verso*. El mismo Taine, que es tan gran crítico, es ante todo un filósofo, y siempre filósofo, como ha dicho perfectamente P. Bourget, y en toda su crítica literaria, sin excepción de su famosa *Historia de la literatura inglesa*, se resiente de esa tendencia casi exclusiva y del desdén con que mira el aspecto *métrico* de la poesía. Así, es injusto juzgando á Boileau y á Pope, como juzgando al mismo Despreaux fué injusto Guillermo Guizot, que tampoco tenía el sentimiento de la forma. En cambio, Sainte-Beuve, que sentía el verso y sabía escribirlos muy buenos, enmienda la plana á Taine en este punto, reclamando para aquellos poetas el mérito de la forma métrica, que llega más adentro, en las entrañas del arte, de lo que piensan muchos.

También conviene traducir las palabras de Sainte-Beuve á este propósito: «Concibo que no se atribuya toda la poesía al *oficio*; pero no concibo que cuando se trata de un arte, para nada se tenga en cuenta el arte mismo, y que se desprecie tanto á los obreros que en él se distinguen. Suprimid de un golpe toda la poesía en verso; eso será más expeditivo; y si no, hablad con estimación de los que poseen sus secretos.»

Me he permitido estas citas de autores muy considerables, para que se vea que al atribuir á Palacio, como principal mérito, el de la buena forma poética, no es tan poco lo que se le atribuye.

Es, en efecto, uno de los contados escritores en verso que conservan algo, aunque no sea mucho, de aquel arte misterioso de la dicción poética castellana de nuestro Siglo de Oro, sobre todo por lo que toca al número y ritmo del endecasílabo, que tiene más secretos de los que pueden revelar las *poéticas* hablando de sílabas y acentos; hay en el endecasílabo castellano muchas más bellezas y armonía recóndita de palabras y pensamientos de las que pueden enumerar y reglamentar los preceptistas. Lo que no tiene Palacio es la riqueza de vocabulario poético, ni el caudal de giros nobles y expresivos que se admira en algunos líricos y dramáticos antiguos.

Entiéndase, sin embargo, que estas excelencias de la forma que reconozco en el popular poeta no se encuentran en todos sus versos, ni en los más siquiera.



Palacio se prodiga de manera lamentable por lo excesiva; escribe, en cuanto se los piden, versos de circunstancias; tiene la manía del soneto, no huye del álbum, acude á las calamidades públicas, canta glorias de tropo, es patriotero á veces, y hasta escribe poesías que pueden figurar en una hoja de servicios á tal causa ó partido político.

En la mayor parte de los escritos de estos diferentes órdenes no hay nada que nos recuerde siglo de oro que valga. En tales casos Palacio se agarra como un cualquiera al ripio salvador, sobre todo al ripio que toma un verso entero y más á veces; recurre á la frase poética... *hecha*, y es muy capaz de llenar un cuarteto sin decir nada.—No se trata de este Palacio, sino del que ha escrito algunas, si no muchas, poesías propiamente escogidas.

En cuanto al aspecto psicológico de sus obras, se puede decir que es un *espiritualista sensual*. Después de la belleza del verso, lo que más agrada en Palacio es la frescura de la imagen y la sinceridad del sentimiento. Cuando filosofa poéticamente, que es pocas veces, no se levanta, ni lo pretende, sobre el vulgar sentido común; tal vez no se pueda citar ni un solo pensamiento suyo que revele observación profunda y original; pero sabe vestir á veces con forma de hermosa plástica las ideas corrientes.

Lo que mejor pinta es la sensación del amor en su momento más carnal, y lo que mejor dice es su emo-

ción ante las generales lacerias de la vida vulgar con sus desengaños ordinarios. Lo primero que se ve en los mejores versos de Palacio, en aquellos que transparentan su alma y sus sentidos sobre todo, es que no se trata de un hombre superior en ningún respecto. Pero esto mismo da á sus poesías selectas el atractivo que se encuentra en esas novelas en que un autor experto (no uno cualquiera) pinta la poesía de lo mediano, de lo ordinario, de lo más general en el mundo.

Arrepentimientos; el dejo del vicio pasado; el recuerdo melancólico de alegrías lícitas é ilícitas, repentinos idealismos que se cifran en el amor del hogar y de los hijos; y, de camino, la pintura de color vivo y propio de escenas y figuras voluptuosas, esto es lo más y lo mejor de los versos, dignos de ser leídos, que puede ofrecernos este autor.

No ha inventado nada, ni lo pretende; ni siquiera en este género de lirismo sensual y armonioso puede pasar por el primero de nuestros días; pues el primer poeta de los sentidos y de los arrepentimientos vulgares y de la hermosa, sincera, viva expresión y pintura de todo esto, es D. Adelardo López de Ayala, que no contento con ser el autor de *Consuelo*, nos dejó en sus poesías líricas verdaderos modelos de arte. (No en todas, por supuesto, porque el coleccionador tuvo desgraciado tacto al escoger, y publicó fragmentos que eran para olvidados.) Sí, López de Ayala, de quien, como lírico, debía hablar la crítica largo y tendido, es,



entre nuestros poetas modernos, el que más se parece á Palacio...; pero es claro que á mucha mayor altura, sin que Palacio ande por los suelos.

No, ni mucho menos. ¡Es tanto todavía escribir con lenguaje de noble y clara poesía el glorioso endecasílabo castellano, recordando como un eco aquella misteriosa habilidad perdida de la métrica española! Y no es poco además acertar á decir, de modo que interese y conmueva y sea música para el oído, para la fantasía y para el corazón, lo que se siente ante la belleza de la mujer, ante los recuerdos, ante la *saudade* y frente á frente de los remordimientos y de las grandes verdades morales que contradicen los pruritos de la sensualidad casi inconsciente!...

*Blanca* es el último poema de Manuel del Palacio, escrito y publicado en Montevideo: llega ahora al público español, y de él hablo, porque merece ser considerado así por sus bellezas como por sus defectos.

El asunto es acaso uno de los más felices que ideó su autor; los versos son á veces dignos del poeta y del argumento; pero muchos de ellos entran en la categoría de aquellos que antes señalaba como condenados al olvido. Por la importancia que doy á la forma, según todo lo dicho, se explica que tome en cuenta los versos

malos y los defectos de lenguaje y de estilo al censurar esta obra.

El pensamiento de ella es éste, en pocas palabras: en la ciudad del Arno, hace ya muchos años, vagando una noche á la ventura, encontró el poeta en un baile de máscaras á Blanca; se hablaron y se amaron, como Safo, la de Daudet, y Juan Gaussin. Blanca era bailarina; pero por vocación, por amor al arte, y conservaba su pureza; una noche, en un baile fantástico, de mucho aparato, desde gran altura vino al suelo... y desde entonces es coja y ha tenido que dejar el oficio. El poeta le pide una cita para el día siguiente. Blanca le recibe en su casa, donde jamás ha entrado un hombre. El poeta le declara su amor; pero, con una nobleza que le honra, confiesa que no es un título de la renta perpetua, que aquel cariño puede durar siempre... y puede acabarse. Blanca no acepta semejante amor. No por esto el poeta deja de ofrecerla y entregarla el dinero que baste para que la pobre coja pueda volverse al lado de sus padres ancianos que viven en la aldea, pagando cierta deuda.

Blanca toma el tren. El poeta la acompaña á la estación. Allí se despiden... y se besan... Blanca vacila... pero al fin se va; se salva, vuelve á la aldea; su honra (y la del poeta) queda ilesa; sólo hay heridas para el amor. La idea es delicada, dulce y sencilla, de indudable belleza y relativa novedad. En los rasgos principales el desempeño corresponde á la concepción, á pesar



de ciertas *salidas* pseudo humorísticas y claramente prosaicas, en que el poeta tal vez quiso seguir el gusto campoamorino, equivocándose, como todos los imitadores del poeta asturiano.

En semejante poesía, y tratándose de tal escritor, es claro que la expresión necesitaba ser primorosa, correcta de idea y de frase, concisa, á consecuencia de la misma corrección y precisión... Por desgracia, en muchos pasajes no hay nada de eso.

Empieza el poemita por unos cuantos versos que son de los que algunos estéticos alemanes motejaban de *nihilismo poético*.

Hay nombres que retratan; parecía  
cuando envuelta en su túnica de nieve  
luz á la estancia daba y alegría,  
*la que hoy mi musa á recordar se atreve,*  
cisne de pluma leve  
*arrojado á la tierra por acaso*  
*en el risueño y apacible día*  
en que nació el amor...

Todo eso es indigno de Palacio, y especialmente lo subrayado.

¿Dónde la conocí? Lo tengo escrito  
en el *sagrado libro* en que se escribe  
lo *ideal*, lo *sublime*, lo *infinito*,  
lo que nunca se olvida, *lo que vive*.

Esto es peor. ¡Desventurado *dilletante* el que necesite que le demuestren por qué!

Y de Orcagna en la Logia primorosa  
mira, *con honda pena*,  
de Perseo la hazafia valerosa,  
y la angustia cruel de Polixena.

.....  
Por calles y callejas extraviado,  
*solitario y sin guía*,  
más de la mente que *del pie cansado*,  
.....  
me condujo, venciendo mi *galvana*,  
á una casa *ni nueva ni decente*.

.....  
Caían desceñidos los cabellos  
hasta rozar su falda;  
tan rubios y tan bellos,  
*cual si fuera de un ángel la guirnalda*.

.....  
Traté de hablar con ella, y un sollozo,  
brotando de su pecho acongojado,  
convirtió en amargura *mi alborozo*.

.....  
Y con el *ritmo grato que se estila*  
en la patria del Dante.

.....  
luscando en el *artístico horizonte*

.....  
guarda la vida en su rodar constante  
horas de anhelo grato,  
de dulce paz, de angustia delirante  
de calma ó de arrebato.

.....  
Estos y otros muchos versos, cuyos defectos de distintas clases no he de comentar, porque no es Palacio



de esos que necesitan que se les metan por los ojos las reglas del bien decir, ni mucho menos escritor á quien convenga aplicar las burlas de la sátira, digo que esos versos y otros muchos desmerecen del conjunto del poema; que no por ser corto y de modesta apariencia deja de hacerse acreedor á la atención de la crítica.

Pero ¿por qué no emprende su autor trabajo de más aliento? No digo poema de mayores dimensiones, si éstas no le convienen, sino colección de poesías líricas, cortas ó largas, con algún lazo de unión entre sí, con una idea común; en fin, como los hacen fueran de España los poetas (1).

De todo corazón aseguro al autor de *Blanca* que él es de los pocos que deben seguir escribiendo poesía lírica castellana... aunque no siempre que se lo pidan.

(1) Al publicarse este artículo ya tenemos una colección de poesías de nuestro autor. Todavía no la conozco.



## ALARCÓN

No abundan tanto los buenos escritores en España, que podamos impunemente cometer la ingratitud de olvidar en pocos años á los que, habiendo figurado no há mucho entre los principales, ahora callan ó reducen toda su actividad literaria á publicar ediciones nuevas y primorosas de sus *Obras completas*, como quien se despide del mundo amargo.

Puede el *noticierismo literario*, que es á la literatura lo que el caballo de Atila era á la hierba; puede esa plaga de la civilización prescindir de nuestras glorias ciertas, porque no son novedades, y poner en los cuernos de la luna á cualquier caballero amigo de la prensa, que quiere darse el gustazo de ser *genio* por una semana en la sección de noticias, y que ofrece en cambio al benévolo gacetillero el atractivo de un nombre inédito, la virginidad de una fama que en ocho días ha de yacer marchita.